

Los migrantes en la obra de Severino Salazar

Francis Mestries

¿Por qué dejamos la seguridad de nuestra patria, cruzamos procelosos los mares y seguimos exponiendo nuestras vidas en estos caminos sembrados de peligros? ¿Qué necesidad teníamos en todas estas aventuras? ¿Por qué no nos conformamos con lo que ya poseíamos?

Severino Salazar, *La arquera loca*

PARA SEVERINO SALAZAR la migración es la última de una serie de calamidades que azotan el campo zacatecano, como las siete plagas de Egipto. Es consecuencia de los desastres naturales: en primer lugar la sequía, con su secuela de malas cosechas y de muerte de animales, cuyos cadáveres envenenan el ambiente, trayendo enfermedades y plagas, como las plantas parásitas, cuyas hermosas flores ocultan la muerte de los árboles (*Donde deben estar las catedrales, Un regalo de navidad* y “Macario”, en *Quince cuentos de navidad*).

Pero esta agonía de la naturaleza se ve magnificada por las políticas de gobierno, como la importación de maíz amarillo que da tortillas sin sabor ni olor, mientras la producción local se extingue; los precios básicos se disparan, el pequeño comercio se apaga, los oficios artesanales desaparecen, las familias se desintegran y hasta las parroquias se quedan sin sacerdotes (*Mecanismos de luz*, pp. 351-354).

Entonces comenzó “la desbandada de familias enteras rumbo a los suburbios de Los Ángeles”, que desangraron los pueblos de Zacatecas para dar vida joven a las calles de la ciudad angelina (*Donde deben estar las catedrales*, pp. 84-86).

Pero más profundamente, en el mundo de Salazar este desarreglo del clima y del tiempo, este deterioro de la fertilidad de la tierra, esta descompostura de la vida cotidiana, acontecen como castigo supranatural cuando los hombres venden su alma al poder y al dinero, cuando degradan la

naturaleza, cuando las relaciones humanas se mercantilizan, y los valores éticos como la solidaridad, reciprocidad y amistad se vuelven desechables y son desplazados por el egoísmo y la codicia, como ocurre con los niños aprendices de gambusinos de ¡Pájaro, vuelve a tu jaula!

Ahora bien, ¿encuentran estos migrantes un nuevo sentido a su vida que les permita realizarse económica como espiritualmente? No, porque serán seres desarraigados:

Llegará el día en que se vayan a la ciudad, Ud. y sus hijos, y todo esto lo abandonen y después lo olviden, y el lugar abandonado los olvide a su vez. Porque habrán perdido la comunión con la tierra y también el lenguaje para pedirle sus frutos... No se sentirán uno con ella. Se irán en cambio tras de otras clases de frutos, extraños, de símbolos ajenos, más duros y paganos, vacíos... A cambio vivirán de los frutos de la fábrica, de la calle, de su propia sangre del próximo... Pero la nostalgia de la tierra nunca los abandonará. Porque no podrán caminar y vivir sobre ella: una alfombra de chapopote los separará siempre... No conseguirán el pan con el sudor de su frente: las frentes de otros sudarán por ellos en el mejor de los casos, el camino a través de todos los eslabones de la naturaleza... Ustedes serán la tribu que se desintegra, que se desparrame por el mundo; a partir de ustedes ya nadie morirá en el mismo lugar donde nació... Los lazos familiares se volverán endebles y perderán fuerza en las extensas geografías que tendrán de por medio; se trozará la continuidad de las generaciones, la vida en proximidad. Vivirán amontonados entre puros extraños su nueva vida, en lugares en donde se volverá ingobernable la mugre, la basura, el odio, la violencia y los monstruos de fierro y la desesperación (*Desiertos intactos*, pp. 217-218).

El contraste entre la calidad de vida en el pueblo y en Estados Unidos no puede ser mayor:

En el norte estaba el trabajo, la disciplina, el sustento, el silencio y la cautela; era un mundo que a medias creíamos entender. En cambio aquí estaba la alegría, la libertad, la seguridad, la vida que permanecía inerte por nueve o diez meses en el norte. El Salitral tenía el aire que nos hacía vivir, la tierra donde se desarrollaban nuestras raíces, la luz donde nos reconocíamos, donde ya fueron nuestros pies descalzos o nuestros zapatos, dejaban una huella sobre los caminos que recorrían, huellas que el viento solamente suavizaba, pero que no borraba (“Árboles sin rumbo”, en *Las aguas derramadas*, p. 155).

A pesar de la idealización de la vida pueblerina, Severino Salazar acierta en desentrañar el fin de un mundo, de un tejido social familiar y comunitario, y de una producción agrícola que garantizaban cierta seguridad, libertad y dignidad, y de una cosmovisión religiosa en estrecho contacto con la naturaleza, que servía de base a valores morales sólidos y a un control social que, aunque asfixiante, servía de dique a la invasión de los vicios.

En cambio la vida en el norte produce toda clase de perversiones, porque los migrantes allá son como *Árboles sin rumbo*, pierden su cultura y su identidad: “Hoy en día Máxima Benitez vive en Los Ángeles con su segundo marido y sus hijos. Allá se llama Emma” (*Donde deben estar las catedrales*, p. 93). Pero también pierden a veces el juicio, con la ayuda diabólica de la droga: “Porque Ud. Llegó enfermo, del norte traía el mal, como todos los que llegan de allá. Casi no tomaba alimentos y había perdido mucho peso, como si se fuera diluyendo, desgastando por la vida” (“Espinass de plástico”, en *Las aguas derramadas*, p. 51). El músico de rock del cuento regresó de Estados Unidos con otro tipo de música, agresiva, llena de alcohol y de droga, insultando al público; cae en manos de una chicana adicta de paso por Zacatecas, que en su locura lo confunde con otro y lo ataca con un picahielo, se le escapa por milagro y en el colmo del masoquismo la vuelve a esperar día tras día, hasta que muere de un *pasón*.

La misma migración se vuelve una adicción:

Esos viajes a Estados Unidos se habían convertido en una enfermiza obsesión. Al final de cada uno de esos viajes comenzaba a contar el tiempo que faltaba para hacer el siguiente. No había nada ni nadie capaz de interesarlo de la misma manera. Su trabajo se había vuelto mecánico y las semanas y los meses se los iba tragando con mucha amargura, como se traga una medicina repugnante. La curación era un viaje (“Un feliz descubrimiento de juventud”, en *Las aguas derramadas*).

Los migrantes de vuelta a casa por las vacaciones contaminan el ambiente y la tranquilidad pueblerina con su música y sus *gadgets* de plástico:

Se acercaba la época de las posadas. Y empezó a llegar de Los Ángeles toda la gente que viene a pasar aquí la navidad y el año nuevo. Y la casa de los Muro se llenó de gente. El ruido de sus risas, sus conversaciones, la música que tocaban sus aparatos eléctricos, brincaban las bardas y como que llenaban nuestra casa de otra clase de basura (“Feliz navidad, vecinos”, en *Quince cuentos de navidad*, p. 57).

La droga, el alcohol y la locura no son más que la consecuencia de la explotación desalmada que sufren los migrantes en el norte, a menudo a manos de sus paisanos, o peor de sus mismos familiares:

Su verdadero padre, el tío Macario, le arregló sus papeles de residencia en el norte y por fin lo recogió. Todo esto cuando ya estaba en edad de trabajar... En cambio su papá lo explotó bien y bonito. Para entonces su papá ya tenía su segunda familia ya crecida y el sueldo de *Maca* era indispensable. Trabajaba mucho y ganaba buenos dólares, más que su papá (“Macarito”, *ibid.*, p. 115).

Exprimidos de su fuerza vital por un trabajo agotador en el norte, los migrantes ni siquiera pueden fincar con sus ahorros un proyecto de vida en su pueblo:

Aunque [Macarito] sí hizo sus ahorros, y con ellos compró un lote y construyó una casa de tabiques rojos, con jardín y todo, muy bonita, en las orillas de la ciudad. Le echó mucho dinero a esa casa, pues pensaba casarse algún día y venirse a pasar su vejez en ella... Luego la alquiló para no tenerla vacía. Pero eso no era negocio... Pero era gastador, sus ahorros no le duraron nada. Luego vendió la casa y puso ese dinero en el banco y de ahí vivía. Luego se le acabó... y Macarito trabajó en una maquiladora, y finalmente regresó a Los Ángeles lleno de ilusiones, y otra vuelta a la noria.

En estas líneas el autor resume la tragedia del migrante, que nunca se decide entre aquí y allá, “doblemente ausente”, porque quiere combinar en su existencia dos racionalidades antagónicas, la capitalista en la cual acaba siempre por uncirse como mano de obra barata, y la de la economía moral, de prestigio que rige en su pueblo, donde gasta sus ahorros en chicas y trago, de manera ostentosa, para ganarse el respeto de sus coterráneos, que no puede conseguir en el país de su exilio voluntario.

Sin embargo, Salazar narra, en uno de sus cuentos más logrados, por medio de la ironía y del habla campirana (“Los guajolotes de navidad”, en *Quince cuentos de navidad*) cómo el emigrante a la capital (o más bien su mujer) logra reconstruir como hormiguita su universo rural en la gran ciudad: en la azotea de la torre de oficinas donde trabaja va instalando alrededor de su casita un solar con su huerta y

su corral para guajolotes y puercos, y hasta logra subir una vaca con su becerro:

En la mañana se sentía bien fresco aquí arriba, el gallo nos despertaba (¿quién no ha oído el canto del gallo surgir de una azotea en plena ciudad?) y hasta los pájaros de la Alameda venían a cantar entre las plantas de mi mujer. La vaca mugía y el pío pío de los cóconos nos hacían sentir bien a gusto antes de bajar a trabajar tan temprano (p. 82).

Al ser descubiertos, amarran al dueño del edificio y preparan su huida, pero el sismo del 85 acaba con sus problemas y con los de la ciudad de México y, únicos sobrevivientes, el migrante y sus guajolotes enfilan rumbo a su pueblo al norte, dejando atrás la ciudad y sus lacras reducidas a escombros, como después del paso de un fuego purificador divino, o de una catarsis que pone fin a la tragedia de este lugar extraño que es el mundo chilango.

Frente a este peregrinar forzoso que es la migración laboral el autor reivindica el vagar, el vagabundeo gratuito, como el de los indios chichimecas errantes del Zacatecas de antes de la conquista: ellos no conocen fronteras, ni siquiera las de las paredes de una casa, o las que miden el tiempo, y siguen guerreando contra los españoles hasta fines del siglo XVI, “porque le temen a la esclavitud, que vendría a ser la frontera definitiva, absoluta”, a la ciudad “llena de jaulas”, y a la idea de Dios que les quieren dar los misioneros, como otro tipo de cadenas, mentales éstas (“La arquera loca”, en *ibid.*). Cuentan las crónicas coloniales de Baja California que uno de los indios cabecillas de la revuelta de 1720, capturado por las tropas españolas, prefirió morir en el lugar que ser llevado a la misión de Loreto, donde lo esperaban los azotes y la servidumbre a manos de los frailes.

Sólo algunos españoles excepcionales logran entender esta pasión por la libertad y compartirla, como los anacoretas y eremitas, como el Gregorio López de *Desiertos intactos*: regalan sus bienes, se van a vivir al desierto ilimitado, se alejan de la civilización, no quieren dádivas ni tratos con ella, sólo con los pocos indios que quedan libres, como el hermano de Polideuces Berumen capturado por los indios que, otro Jerónimo Aguilar, se convierte en uno de ellos (*ibid.*); y en esa travesía del desierto se transforman, se vacían del mundo, encuentran a dios, a sí mismos y la libertad y aprenden a curar los males del cuerpo y del alma con las plantas que la naturaleza y los indios les regalan, como el santo arriba mencionado, o como las curanderas (“Llorar frente al espejo”, en *Tres noveletas de amor imposible*), o los locos que construyen catedrales sin esperar recompensa, porque ahí los pájaros y

los ángeles hacen su morada, y ellos son chispas del espíritu de dios en la tierra (*Donde deben estar las catedrales*).

En síntesis, para Severino Salazar el migrante es como una víbora que dejó su vieja piel y no aguanta su nueva piel que lo lastima, así que trata desesperadamente de introducirse de nuevo en su antigua librea sin nunca lograrlo, como la mujer de “Árboles sin rumbo”.•

Bibliografía

- Salazar, Severino, *Donde deben estar las catedrales*, México, Katun/INBA, 1984.
- , *Las aguas derramadas*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1986.
- , *Desiertos intactos*, México, Leega / UAM Azcapotzalco, 1990.
- , *Tres noveletas de amor imposible*, México, UAM Azcapotzalco, 1998.
- , *¡Pájaro vuelve a tu jaula!*, Barcelona/México, Plaza y Janés, 2001.

FRANCIS MESTRIES (Casablanca, 1949) es socio-economista, profesor-investigador del Departamento de Sociología de la UAM Azcapotzalco. Entre sus libros de poesía destacan: *Sendas de viento* (1996), *Latidos de la noche* (1999) y *Exorcismo y mar* (2001).